

LUIS MEDINA ASCENSIO

Nació en Cocula, Jal., México el 10 de junio de 1912.

Historiador. Realizó estudios históricos en la Universidad Gregoriana bajo la sabia dirección del padre Leturia. Callada y constantemente trabaja y entrega el fruto de sus investigaciones que aparece en serios artículos y libros. Actualmente forma parte de la Compañía de Jesús, después de haber pertenecido al clero de la arquidiócesis de Guadalajara.

Ha escrito: *La Santa Sede y la emancipación mexicana* (1946); *México y el Vaticano* (1965); *Archivos y bibliotecas eclesidásticos. Normas para su ordenamiento y conservación*, (1966); *Montezuma intimo* (1965); *Historia del Seminario de Montezuma* (1966); "Francia y el primer enviado mexicano ante la Santa Sede; un documento desconocido", (1939); y numerosos artículos en las revistas *Abside*, *Estilo*, *Montezuma* y otras. Corrigió y preparó la tercera edición de la obra de Francisco Medina de la Torre, *San Miguel el Alto, Jalisco. Biografía de un municipio* (1967).

Fuente: Luis Medina Ascensio. *La Santa Sede y la emancipación mexicana*. Guadalajara, Méx., Imprenta Gráfica, (1946). 223 p. (Colección de la revista *Estudios Históricos*. Cuadernos núms. 4 y 6). p. 3-12.

LOS PRIMEROS CONTACTOS DIPLOMATICOS DEL MEXICO INDEPENDIENTE

Al estallar en la Nueva España la lucha por la emancipación de la metrópoli en 1810, junto con la incierta, aunque luminosa, esperanza de un completo triunfo sobre los realistas, se presentó a sus iniciadores la solución de dos grandes problemas; el primero era determinar cómo podrían proveerse de los medios de guerra. El segundo, no menos importante que el anterior, era, si ellos, como sucesores del gobierno español, tendrían o no derecho de usar del privilegio del Patronato, especialmente en la parte que se refería a la provisión de vacantes, tanto de las sedes episcopales como de los cabildos y parroquias.

Para conseguir armas y municiones era preciso recurrir al extranjero, dada la escasez de dichos elementos en el propio territorio. Era indispensable para tal objeto entrar en rela-

ciones con los gobiernos de las principales potencias por medio de comisionados especiales.

En cuanto al Regio Patronato, los jefes de la emancipación mexicana pudieron haberse declarado legítimos herederos de él, si se hubiesen guiado por las ideas regalistas y galicanas, tan en boga entonces en Europa, y de las cuales hubo también en Nueva España fervientes propugnadores. Pero su franca y decidida lealtad les impidió dar tan peligroso paso. Si el Papa lo había concedido a los Reyes de España, no era sino él quien podía también hacer tal concesión a la nación mexicana.

Había que ir a Roma. Ese camino les dictó su conciencia y ese camino buscaron. La ruta que siguieron para conseguir el apoyo material despertó en ellos la idea de servirse de esa misma para llegar al Papa. A Estados Unidos dirigieron sus enviados para demandar auxilios de guerra, y al mismo tiempo fue para ellos la Sede Metropolitana de Baltimore la única esperanza de un posible contacto con el Sucesor de San Pedro. La destacada personalidad de monseñor John Carroll evocó en su imaginación la blanca y majestuosa figura del Papa. Veremos después cómo planearon nuestros emancipadores sus proyectos de acercamiento.

Panorama político internacional

Podremos apreciar la verdadera significación y valor que tuvieron dichos proyectos, solamente conociendo, al menos en sus rasgos más generales, tanto el medio ambiente internacional de aquel tiempo, como también el estado de la guerra de Independencia y los prematuros brotes de organización política nacional. Comencemos por dar una ojeada a la política de las naciones.

Las potencias a las cuales podían en aquel entonces volver sus miradas en demanda de auxilios, eran, en Europa, Francia, Inglaterra, Austria, los Estados Alemanes y Rusia; y en América, los Estados Unidos. En ese tiempo Europa estaba convertida en un campo de batalla. Los revolucionarios franceses, primero, y Napoleón después, dominaron por completo a las naciones europeas cinco veces aliadas. El temor incesante al invencible no hubiera hecho efectiva la ayuda militar a los ambiciosos de la libertad en América. Las demás naciones, Austria, Rusia, Suecia y los Estados confederados de Alemania sólo pensaban en sacudir el yugo del conquistador.

Las naciones que tenían mayores posibilidades eran las dos potencias occidentales, Inglaterra y Francia. Por su ambiente político y militar, esta última era la más propicia a prestarse a las demandas de los hispanoamericanos. Y en efecto, el enviado venezolano, Manuel Palacio Fajardo, después de haber solicitado inútilmente en 1812 auxilios del ministro norteamericano Monroe, y sirviéndose de la espontánea y valiosa cooperación del embajador francés en Washington Mr. Serurier, pasó, por consejo de éste, a Francia para tratar con Napoleón. Escuchó éste con interés las proposiciones del venezolano, y aún hizo gestiones con el gobierno norteamericano en sentido favorable, llegando poco después a declarar formalmente sus intenciones de cooperar al triunfo de la Revolución hispanoamericana; y hasta pensó en poner en contacto a Fajardo con el papa Pío VII, que se encontraba entonces en Fontainebleau, para conseguir el nombramiento de obispos para los candidatos de los nuevos gobiernos americanos. Sin embargo, la inesperada caída del emperador desvaneció tan felices esperanzas, cambiándose a causa de ella la escena de la política internacional. El nuevo monarca de la Casa de Borbón, Luis XVIII, vino a unirse a las naciones aliadas para el restablecimiento de la legitimidad.

Con tal actitud, Francia apoyaba a España para sostener y conservar sus intereses coloniales, declarándose, por consiguiente, hostil a los rebeldes hispanoamericanos.

Es curioso observar, por otra parte, cómo en México y en varias otras naciones de América, el triunfo de las tropas napoleónicas, especialmente después de la invasión de España, haya dado motivo a que el movimiento emancipador resurgiese con cierto carácter antinapoleónico; este detalle explicará en parte por qué los patriotas mexicanos no pensaron en solicitar su ayuda y cooperación.

Después de haber estudiado a Francia, veamos algo sobre Inglaterra. Esta nación, que estaba por ese tiempo en disputa con Estados Unidos sobre el comercio libre de sus navíos, fijó sus miradas en las colonias españolas, e intentó dos veces, en 1806 y 1807, apoderarse por la fuerza de Buenos Aires, siendo las dos veces rechazada. Al saber, además, la nueva política de Napoleón en España, se apresuró a aprovecharse de esa nueva ocasión que se le ofrecía de hacer la guerra a su temible adversario, declarándose a favor de España, y ayudándole en la lucha contra el invasor.

Al iniciarse los movimientos de emancipación en América española, tomó Inglaterra la fina política de mediadora entre la Madre Patria y sus colonias rebeldes; actitud que le sirvió al mismo tiempo para ganarse poco a poco los mercados, trabando relaciones con los hispanoamericanos. Simpatías las hubo en la Gran Bretaña por el nuevo movimiento, pero sus resultados se extendieron más bien al campo diplomático que al militar. Debemos además advertir que en esa primera etapa de la política inglesa, la Nueva España quedó muy al margen, sea por su posición geográfica, sea porque no predominaron en ella los insurgentes sino hasta 1821.

La última esperanza de los hispanoamericanos para conseguir eficaz y pronta ayuda era ya sólo Estados Unidos; la política de esa nación la define muy bien el escritor Urrutia diciendo que la noticia del principio de la guerra de emancipación, casi en toda la América española, fue recibida con simpatía en Estados Unidos; aunque en las esferas oficiales no se manifestaba y a veces éstas se oponían, primero, por la incertidumbre del éxito y la duda de la capacidad de las provincias rebeldes para formar naciones independientes; segundo, por el peligro de un rompimiento con España, nocivo a sus intereses, por el asunto pendiente con ella de la adquisición de la Florida. Resumiendo con palabras textuales del referido autor, la política norteamericana era la de "guardar, hasta donde posible fuera, la neutralidad con España; pero seguir muy de cerca el curso de la revolución dentro de un espíritu de simpatía y de moral cooperación".

Si los próceres de la insurrección mexicana, por una consecuencia lógica y natural, a causa de su posición geográfica, pensaron en dicha nación para conseguir los implementos bélicos que necesitaban, los jefes sudamericanos lo pensaron también, pero sólo después de haber perdido las esperanzas de alcanzar el apoyo de alguna nación de Europa para sus intentos, pues en ésta ya se presentía el monroísmo norteamericano, por su política de abstención en los problemas europeos. El venezolano Miranda había vagado por Europa sin conseguir gran cosa, y lo mismo sucedió después con Fajardo en Francia, como ya vimos. Aunque Miranda, al pasar después a Estados Unidos, también fracasó a causa de la intervención del ministro de España en Washington; sin embargo, palpó las simpatías que ahí existían en el pueblo y aun en

algunos elementos oficiales por la emancipación de las colonias de España.

Esta observación de Miranda influiría sin duda en la Junta Suprema de Caracas para que en abril de 1810 se nombrara a don Juan Vicente Bolívar y a don Telésforo de Orea, con carácter de comisionados para tratar con el gobierno de Estados Unidos. Esta fue la primera misión oficial diplomática de Hispanoamérica a esa nación. En junio llegaron a Washington y presentaron sus credenciales al Secretario de Estado, R. Smith, quien los recibió cordialmente y les ofreció que se tomarían medidas para estrechar las relaciones de amistad y comercio entre Estados Unidos y Venezuela. Se nombró además el 26 de junio a Mr. Lowry como agente comercial en la Guaira. Orea y Bolívar prácticamente casi nada consiguieron a pesar de la buena acogida del Secretario, pues el nuevo ministro de España en esa nación, don Luis de Onís, había acumulado todo el armamento existente en el mercado, para lo cual, según dijo don Vicente Bolívar, había recibido trescientos mil pesos de España.

Este fue el momento en que el primer enviado de los patriotas mexicanos llegaba a los Estados Unidos en busca de auxilios. Pero antes de tratar de nuestro primer contacto con esa nación, veamos a grandes rasgos cómo se inició en Nueva España la guerra de Independencia.

Fase inicial de la guerra de emancipación: Hidalgo

Comenzamos por declarar sobre no ser nuestro intento entrar en discusión sobre si fue o no prematura la revolución; solamente notaremos, con los hechos más salientes, las características de este primer período de la lucha por nuestra libertad.

El 16 de septiembre de 1810 lanzó el grito de Independencia el señor cura don Miguel Hidalgo en el pueblo de Dolores. A Hidalgo se unió desde el principio don Ignacio Allende, y juntos comenzaron a luchar por la emancipación. La marcha hacia la capital fue triunfal, pues casi todas las ciudades ante las que se presentaba, se le entregaban al verle rodeado de un numeroso ejército. Pocas eran, sin embargo, las fuerzas regulares y disciplinadas con que contaba; por eso se explica que después de la victoria del Monte de las Cruces

haya sido completamente derrotado en Aculco. Al emprender la retirada, Hidalgo se encaminó hacia el noroeste de la Nueva España. A su entrada en Guadalajara comprendió, aunque ya tarde, la necesidad de una organización de la que hasta entonces había carecido, y formó un gobierno nombrando dos ministros, uno de Estado, don Ignacio López Rayón, y otro de Gracia y Justicia, don José María Chico. Pensando tal vez en la derrota final y viéndose desde luego necesitado de armamentos, le vino la idea de conseguir auxilios en el extranjero. Con ese objeto nombró en diciembre de 1810 a don Pascual Ortiz de Letona como embajador y plenipotenciario cerca del Congreso de los Estados Unidos para ajustar alianza ofensiva y defensiva y tratados comerciales.

La carencia de puertos fue el gran obstáculo que impidió a los insurgentes comunicarse con las potencias extranjeras. Por esa razón, Letona se vio obligado a dirigirse a un puerto que estaba en manos de los realistas, Veracruz, teniendo así que atravesar por campos enemigos. En el camino se hizo sospechoso y fue aprehendido. Al conducírsele a la capital, temiendo la suerte que le esperaba, se envenenó antes de ser juzgado. Tan triste fin tuvo nuestro primer conato de comunicación con el extranjero.

Derrotado de nuevo Hidalgo en Calderón, se vio precisado a replegarse hacia el norte, con la intención de ir personalmente a conseguir auxilios a la nación vecina. Al emprender este viaje se acentuó más la rivalidad que ya existía entre Allende e Hidalgo, teniendo por resultado la deposición de este último de su grado de Generalísimo en enero o febrero de 1811 por la Junta de Pabellón, confiriéndose el dicho grado a Allende. Esta acordó inmediatamente nombrar un nuevo embajador cerca del gobierno de los Estados Unidos, enviando con tal título al licenciado don Ignacio Aldama para que consiguiera armamentos y, sobre todo, preparara una buena acogida a los jefes que le seguían. En efecto, se dirigió a su destino con credenciales extendidas por Allende. Pero al poco andar, en San Antonio de Béjar, fueron aprehendidos Aldama y sus compañeros, siendo juzgados y fusilados poco después en Monclova. La misma suerte corrieron Allende e Hidalgo, que fueron juzgados y pasados por las armas en Chihuahua; el primero a principios de junio y el segundo a fines de julio de 1811.

El primer contacto con los Estados Unidos.

Poco antes de ser aprehendido Hidalgo, y cuando iba ya en camino Aldama, el enviado por Allende, nombró a un nuevo embajador que vino a realizar la tan deseada comunicación con el gobierno de Norteamérica.

En marzo de 1811, estando Hidalgo en la Hacienda de Santa María, cerca del Saltillo, se le presentó don Bernardo Gutiérrez de Lara, expresándose con entusiasmo sobre la Independencia, se ofreció para ir a Estados Unidos a conseguir hombres, armas y municiones, pues tenía buenas relaciones en Nueva Orleans. Hidalgo aceptó la proposición y le dio instrucciones, pero sólo verbalmente. Recibida la autorización, Lara se encaminó a su destino.

Era entonces Secretario de Relaciones Exteriores el célebre Monroe, que con Livingstone formó parte de la Legación de su gobierno a Francia para gestionar la adquisición de la Luisiana, que, poco después, fue en efecto comprada en quince millones de pesos. En seguida fijó sus ojos el gobierno norteamericano en la Florida, y comenzó desde luego a trabajar con el gobierno de Madrid, enviándose en 1805 a Monroe en una misión encaminada a ese objeto, que por cierto fracasó. Esta ambición a la península fue la palanca que supo manejar tan bien el ministro español en Washington para impedir que el gobierno favoreciera, al menos oficialmente, a los enviados hispanoamericanos que ya hacían fila hacia dicha ciudad para demandar auxilios.

Ya vimos cómo recibió Smith a los primeros enviados venezolanos Orea y Bolívar. A fines de 1811 volvió Orea acompañado de José R. Ravenga con la comisión de solicitar el reconocimiento de la independencia de Venezuela. Se enteró el gobierno del objeto de la misión. Después de haber hecho en su mensaje del 5 de noviembre de 1811 el presidente Madison una favorable referencia al asunto hispanoamericano, la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes presentó el 10 de diciembre una resolución por la cual declaraba que los Estados Unidos "miraban con amistoso interés la constitución de estados libres e independientes de las antiguas colonias españolas de América, atendiendo al estado actual de su metrópoli".

Así las cosas y reinando ese ambiente de simpatía, se enca-

minaba hacia Washington Gutiérrez de Lara a cumplir su comisión. Al llegar a un lugar de la Luisiana llamado Natchitoches, dirigió una atenta y bien escrita nota al Secretario de Estado Mr. Monroe el 27 de septiembre de 1811, quizá para preparar el campo hacia una benévola acogida. En ella exponía la grave necesidad en que se encontraban de implementos de guerra, solicitando ardientemente el ser socorridos, y prometiendo que se pagaría todo a su tiempo y se firmarían tratados de amistad entre ambas naciones. De su misión personal no decía una palabra, y sí que vendrían otras personas para las negociaciones.

No mucho después de haber enviado dicho oficio, llegó a Washington, probablemente entre los meses de noviembre y diciembre de ese año. Habiendo sido recibido por el Secretario de Estado, le dio cuenta de su encargo, pero a pesar de no haberse reputado legítima su autorización. "Mr. Monroe le dijo que el Gobierno de Estados Unidos apoyaría con toda su fuerza la revolución de las provincias mexicanas y que a este efecto la sostendrían no solamente con armas y municiones, sino con veintisiete mil hombres de buena tropa que luego tendrían para el efecto; pero que el coronel Bernardo (Gutiérrez de Lara) y los demás jefes de la revolución debían tratar de establecer una buena constitución para asegurar la felicidad de sus paisanos. Con este motivo Monroe ponderó mucho la de estos Estados (de Norteamérica), y le dio a entender que deseaba el gobierno americano que se adoptase la misma constitución en México; que entonces se admitirían en la confederación estas repúblicas, y con la agregación de las demás provincias americanas formaría una potencia la más formidable del mundo. El coronel Bernardo, que había escuchado con bastante serenidad al Secretario de Estado hasta su plan propuesto de agregación, se levantó furioso de su silla al oír semejante proposición, y salió del despacho de Mr. Monroe, muy enojado de la insultante insinuación." Hasta aquí son palabras del ministro de España al referir el acontecimiento al virrey de México. En el mismo oficio, Onís decía que a Orea se le había hecho la misma insinuación, aunque de un modo indirecto. Esa actitud del gobierno de Washington la volvió a denunciar el mismo Onís en su carta de 1 de abril al mismo virrey Venegas.

Todavía le quedaron ánimos a Gutiérrez de Lara para enviar un agente a pedir auxilios al presidente de Haití, Pettion.

Este contestó que no podía hacerlo por el sistema de perfecta neutralidad adoptado por esa república.

Después de ese doble fracaso, Lara se dedicó a trabajar en particular en la compra de útiles de guerra en el sur de Estados Unidos y aun a organizar y capitanear expediciones militares al territorio de Nueva España. Según parece, Lara no comunicó a los jefes de la Insurrección que quedaron el resultado de sus gestiones, y quizás éstos, al ver que Lara se dedicaba a hacer expediciones, hayan creído que había sido efectivamente ayudado por el gobierno, y por eso insistieron después en mandar nuevos enviados.

La constante vigilancia del ministro de España, Onís, además de las precauciones del Virrey de México de reconcentrar tropas en las regiones fronterizas del norte y en las costas, hicieron muy difíciles los trabajos de Lara, lo mismo que los de los otros enviados que le siguieron.